



EXCMO. SR. D. CARLOS ROMERO CAMELO

Presidente de la Asociación Católica de Propagandistas
y de la Fundación Universitaria San Pablo CEU

Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad en España, Señor Obispo de Guadix y Consiliario Nacional de la Asociación Católica de Propagandistas, Vicepresidenta de la Asociación Católica de Propagandistas, Director del Congreso, Vicepresidente del Patronato, Patronos, Director General, Rectores de las Universidades de la Fundación Universitaria San Pablo CEU, Secretaria General, Consejeros Nacionales y Propagandistas de la ACdP, Autoridades Académicas, Eclesiásticas, Políticas, Civiles, Militares, Profesores, Personal de Administración y Servicios, estudiantes, señoras y señores, queridos amigos.

Bienvenidos un año más al Congreso Católicos y Vida Pública en su decimoctava edición, organizado por la Asociación Católica de Propagandistas y su obra, la Fundación Universitaria San Pablo CEU.

Mi agradecimiento al Nuncio Apostólico de Su Santidad, a nuestro Consiliario Nacional, a los ponentes, miembros de las mesas redondas y organizadores.

A todos ustedes, congresistas, les animo a disfrutar de estos días.

Yo soy cristiano: hechos y propuestas. Éste es el título con el que enmarcamos una nueva edición del Congreso, y responde a un deseo que nace de nuestra propia condición de cristianos: el deseo de manifestar el ideal de vida en el que creemos, en medio de las circunstancias en las que vivimos.

A lo largo de la historia, el cristianismo ha influido decisivamente en la configuración del mundo. El cardenal Newman, beato, dijo ya, en el siglo XIX: “Solo porque estamos nosotros los cristianos, porque hay una red internacional de comunidades cristianas que se extiende por toda la tierra, se detiene la caída del mundo. La subsistencia del mundo está vinculada a la

subsistencia de la Iglesia. Si la Iglesia enferma, el mundo lanzará un lamento sobre sí mismo”¹.

Y es que el cristianismo ha sido siempre una fuerza luminosa y transformadora. Lo podemos ver a través de innumerables iniciativas, consecuencia de nuestras convicciones, como el respeto de la dignidad del hombre, sea cual sea su situación; la atención a los enfermos y la protección a los más débiles; la institución universitaria, como ésta que hoy nos acoge; o la cultura del perdón y la reconciliación hasta poner en juego la propia vida, que encuentra en el testimonio de los mártires cristianos su máxima expresión.

Pero hoy, los cristianos seguimos impregnando de Evangelio todos los ámbitos de la vida a través de “nuevos hechos y propuestas”. Pienso en los cristianos que auxilian a los refugiados que huyen del fanatismo y de la guerra. Tantos y tantos cristianos que entregan su vida por los ancianos y los olvidados, por los excluidos y los descartados. Son inmensas las acciones, de todo tipo, que los cristianos emprenden para resolver las causas estructurales de la pobreza y promover el desarrollo y el bien de los más pobres. Cristianos perseguidos –perseguidos y asesinados– que han sido y son un testimonio absoluto de esperanza y perdón. Cristianos que salen al encuentro del hombre de hoy creando nuevas formas de expresión. Cristianos que dan la cara por la dignidad de la vida humana, desde el momento de la concepción hasta la muerte. Cristianos que no albergan en su corazón sentimientos de odio ni de rencor y alzan su voz profética en favor de la unidad de los cristianos y el diálogo entre las religiones. Cristianos constructores del bien común y la paz social, que trabajan por el diálogo entre los pueblos y el acuerdo entre los estados, que levantan puentes con la cultura y derriban muros con la ciencia.

Hoy, algunos creen que la fe cristiana es cosa de ignorantes o cerriles. De hecho, “¿para qué sirve?”, se preguntan. Pero la fe cristiana, a pesar de nuestros errores, tiene mucho futuro. La clave está en no auto-anularnos o conformarnos con ser meros dispensadores de una amplia gama de servicios. Ya lo dice el Papa Francisco: “Nadie puede exigirnos que releguemos la religión a la intimidad secreta de las personas, sin influencia alguna en la vida social y nacional, sin preocuparnos por la salud de las instituciones de la sociedad civil, sin opinar sobre los acontecimientos que afectan a los ciudadanos”².

Debemos profundizar en una nueva cultura del diálogo entendida como una forma de encuentro, con el fin de alcanzar un gran acuerdo de la convivencia en libertad en el seno de una democracia plural.

1 RATZINGER, Joseph (Cardenal). *La sal de la tierra*. Libros Palabra, pág. 245.

2 PAPA FRANCISCO. Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*, n° 183.

Para ello, los cristianos, más que encerrarnos en nuestra intimidad personal para permanecer inmunes a toda forma de contaminación, necesitamos bajar a los “suburbios” de la vida, e ir abriendo caminos a la esperanza.

Porque nuestra vocación consiste en llevar la fe a la vida, con todas sus exigencias, hasta las últimas consecuencias. Y llevarla desde una dimensión sobrenatural porque no trabajamos esperando la gratitud del mundo o un lugar preferente en la Iglesia. Llevar la fe a la vida desde una dimensión universal, porque no excluimos a aquél que no piensa como nosotros. Y llevar la fe a la vida, también, con una actitud infatigable en el sacrificio.

Queridos congresistas, somos una fuerza integradora que, con los santos y las grandes figuras del pensamiento cristiano de todos los tiempos, estamos obligados a dar respuestas para edificar un mundo más justo.

Por eso, y porque somos portadores de un mensaje de esperanza, basado en hechos y propuestas, podemos afirmar con naturalidad: “Yo soy cristiano”.

Muchas gracias y que Dios les bendiga.